

EL CASCABEL

SEMANARIO SATÍRICO

ILUSTRADO



SUMARIO

- PÉREZ ZÚÑIGA (D. Juan).—*Crónica.*
 R. CHAVES (D. Angel).—*Aguja de mareantes.*
 GIL (D. Constantino).—*Conferencias celestiales.*
 J. CATARINEU (D. Ricardo).—*Mi reinado.*
 PÉREZ NIEVA (D. Alfonso).—*La patria del alma.*
 ANGEL (D. Manuel).—*Después del baile.*
 GONZÁLEZ MORENO (D. Ambrosio).—*La nicotina.*
 TABOADA (D. Luis).—*El Concejal de oficio.*
 LIMENDOUX (D. Félix).—*Cascabelitos.*
 Comunicaciones.

ILUSTRACIONES DE LOS SEÑORES ANGEL (D. MANUEL), CARCEDO (D. PRIMITIVO), ROJAS (D. PEDRO DE) Y SÁENZ HERMUA (*Mecachis*).



3ª. Época

Precio, 15 céntimos.



ALTA TASACIÓN

Casa de confianza.

PRÉSTAMOS.

Teléfono núm. 388.

CALLE DE LA MONTERA, NÚMERO 36, 2º—MADRID

Facilitamos dinero sobre alhajas y **todos los efectos que convengan**, con economía, según la importancia del negocio.—Tenemos de venta preciosas alhajas, buenas ropas y otros efectos, procedentes de préstamos.—Relojes desde **8** pesetas en adelante.—Capas desde **10** pesetas.—El despacho se cierra á las doce de la noche.

Primera casa de España en saldos.

ALMACÉN DE PIANOS DE R. ALONSO

PIANOS DE LOS MEJORES AUTORES

Ventas al contado y á plazos. Pianos de ocasión. Alquileres, afinaciones y composturas.

Se compran y cambian.

22—VALVERDE—22

Gran Almacén de Porcelana, Loza y Cristalería

DE FELIPE SANZ

Vajillas, grandes surtidos, nuevos dibujos, muy baratos. Copas de cristal para agua, 5 pesetas docena; id. para vino, 4 id.; para licor, 3. Botellas, juegos de café, juegos de lavabo, licoreras, jarrones, macetas, objetos de capricho para regalo y cuantos géneros existen en este establecimiento, se venden muy baratos. Embalajes esmerados y en condiciones de seguridad para el transporte á provincias.

CALLE DE ESPOZ Y MINA, 40

SASTRE PARA NIÑOS

Angel Magro y Reiter

ESPOZ Y MINA, 11, Y CRUZ, 30

Esta casa presenta un gran surtido en trajes y abrigos para niños.

EL DOCTOR UNZAGA

Especialista hace muchos años en las enfermedades: sífilis, venéreo y del estómago. Garantiza su curación.

HORAS DE CONSULTA

De 10 á 2 y de 6 á 8.

Plaza del Angel, 3, pral. izq.^a

CHOCOLATES

Los únicos que debéis tomar si queréis superioridad y economía en vuestras casas, son los paquetes de 20 raciones que vende

LA NEGRITA, MAYOR, 34

Se regala un paquete comprando diez.

TAPIOCA legítima del Brasil á 2 pesetas kilo.

GALLETAS de Rentería, siempre frescas, á 6, 8, 10, 12, 16 y 20 reales.

MANGUITOS

de piel, para señoras, desde 4 pesetas en adelante.

Precios sin ejemplo.

LA MAGDALENA

34—CALLE MAYOR—34

RETRATOS

inalterables, reproducidos y ampliados, últimos adelantos.

E. OTERO, Alcalá, 19.

Hay ascensor. Teléfono 166.

LA MAGNOLIA

FÁBRICA DE JABÓN

Despacho central: Corredera Baja, 57.—Primera sucursal: Cuesta de Santo Domingo, 18 duplicado. Segunda sucursal: Arco de Santa María, 35.

Teléfono 588.

Servicio gratis á domicilio.

JABÓN, ACEITES, BUJÍAS, ETC.
MADRID

Sastrería

Para arte y economía, en todo el orbe cristiano no se encuentra sastrería como la de **TREVIJANO**.

1, San Felipe Neri, 1

(antes Mayor, 53.)

Para vestirse con elegancia y economía de un 25 por 100,

Á LA SASTRERÍA DE

ANTONIO BUTRAGUEÑO

2—Clavel—2

Trajes para niños, procedentes de París y Londres, desde 10 á 50 pesetas.



ESTÁ visto que los *atracos* no cesan en esta desventurada aunque heroica villa.

Las referencias de los periódicos acerca de este nuevo modo de robar al pacífico transeunte, habían impresionado mal nuestro ánimo; pero hasta ayer, oyendo relatar á un recién atracado los detalles del hecho de que fué víctima, no hemos apreciado el delito de moda en su verdadero valor.

Serían las once de la noche cuando nuestro amigo Pepe Choquezuela transitaba por la plaza de las Cortes, tarareando unas seguidillas belgas y fumándose un puro manchego, cuando se le acercaron dos sujetos decentemente vestidos.

—Caballero,—dijo uno de ellos á Pepe, saludándole sombrero en mano.—Si no le sirve á usted de molestia, ¿tiene V. la bondad de hacerme el obsequio de proporcionarme lumbre de su aromático cigarro?

—Tome V.—respondió nuestro amigo, complaciéndole en su deseo;—encienda V. todo cuanto guste, y sepa que tiene un servidor en la calle de Válgame Dios, 13, segundo.

—Gracias mil, caballero. Yo soy Paco Chumacera, exclaustro y atracador de oficio. Es, pues, inevitable que ahora mismo nos entregue usted, á mí y á este reputado colega mío, cuantos objetos de valor lleve V. en esos bolsillos que Dios le ha dado.

—¡Socorro!—gritó Choquezuela, pugnando por escapar.

Solamente oyó en contestación á su demanda los ladridos de una perra ofendida en su honor, que por allí caminaba; pues la calle estaba desierta, los guardias conversaban tranquilamente, con unas señoras de pañuelo á la cabe-

za y colorete á la mejilla, y el sereno bufaba, dormido en el quicio de una puerta.

Por su parte, los distinguidos criminales se contentaron con enseñar á su víctima dos cortaplumas de los que usaba, sin duda, el gigante Goliat para afilar los lapiceros.

En presencia de aquellos alfanjes, Pepe se apresuró á poner á disposición de Chumacera y Compañía cuanto llevaba, empezando por un revólver de seis tiros que le acompañaba siempre, por si le salían atracadores.

—Venga el alfiler de la corbata—le dijeron.

—Tomen Vds. Le faltan dos perlas; pero las tengo en casa. Si Vds. quieren, me llegaré por ellas en un instante.

—No, muchas gracias. Ahora venga el reloj.

—Aquí está. Es bueno; pero suele atrasar un poco.

—No importa, caballero. ¿Qué lleva V. en la cartera?

—Véanlo Vds.: una tarjeta de Rubau Donadeu, otra de Cerralbo, dos cartas amorosas con pelos de mi Encarnación, la cédula personal, un calendario del año setenta y cinco y la papeleta de la última comunión.

—¿Nada más?

—Otra cosa, que me da mucha vergüenza nombrar, envuelta en un papelito.

—Bueno; pues para que vea V. que no somos exigentes, guárdese la cartera,

—¿Quieren Vds. algo más? ¿Necesitan los calzoncillos? Son de toda confianza, con una jareta que quita el sentido, y unas cintas....

—No, señor; ¡no faltaba más! Tenemos suficiente por ahora. Conque... vaya V. con Dios, y hasta otro día.

—Mil gracias por todo, señores míos.

—No las merece.

—Beso á Vds. la mano.

—Abur.

Los atracadores se quedaron frente al Congreso y el pobre Chaquezuela se fué de vacío á casa de su adorada Encarnación, en donde bastó que refriese la pérdida del revólver para que le despidieran por tonto de capirote.

Lo mejor, en estos tiempos de atracos finos, es no salir á la calle durante el día y pasar la noche metido en casa, por lo menos los días de fiesta.

Y los de trabajo.

* * *

La romería ecuestre de San Antón ha estado este año, á pesar del mal tiempo reinante, sinceramente concurrida y sin perder nada de su especialísimo carácter.

Caballerías mayores con lazos y moños, niñas cursis con moños y lazos, padres de la patria ricamente enjaezados, madres que podrían sustituir muy bien al compañero del santo, sin que el santo notara la sustitución, tahoneros que, montando sus mulas respectivas, van á que en la célebre capilla les bendigan la cebada, para dar luego el pan caro, pero falto de peso; señoritos de poca monta que alardeaban de montar mucho y atropellan al verbo, y *curdas* abundantes de infantería y caballería: todo esto hemos visto desfilarse el domingo pasado por la calle de Hortaleza en revuelta y animada confusión.

No han faltado en la fiesta del santo los ricos panecillos callejeros expuestos al público y á constiparse, y ruborizados según costumbre ante la presencia de tantos animales como acuden á la romería.

Por cierto que el tal rubor no tiene razón de ser; porque á esas montañas de panecillos económicos, no les cogen de nuevas las miradas de la muchedumbre, si, como nos aseguran, son los propios nacimientos que durante las Pascuas vimos en la Plaza de Santa Cruz, convertidos después en pirámides comestibles por obra y gracia del albayalde y del almazarrón.

Aunque parezca imposible, hay quien encuentra deliciosa la tal golosina y abusa de ella. Dígalo sino el chico de una vecina nuestra que ha estado el lunes si revienta ó no con un cólico de panecillos amoratados. Gracias á que la portera tiene un primo fumista y pudo extraer del estómago de la criatura dos libras de ripio y cascote con el auxilio de una badila imantada.

* * *

A consecuencia de un *lapsus* de cierto boticario de esta corte, falleció el domingo envenenada una señorita próxima á contraer matrimonio, según han referido los periódicos.

Rara vez tenemos que lamentar hechos de esta naturaleza; pero bueno será que no necesitemos de la farmacopea para nada, por lo que pudiera tronar, aun cuando los efectos de la equivocación fuesen relativamente leves.

¡Miren Vds. que sería horrible mandar á la botica por jarabe de higo chumbo, verbigracia, y que el dependiente, preocupado con sus amores ó con otra tontuna por el estilo, nos vendiese aceite de bellotas!

No conseguiríamos alivio para nuestro catarro; pero sería de ver la mata de pelo que nos saldría en el vientre por la parte de adentro.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.





Aguja de mareantes.

(BOCETO DE HACE DOS SIGLOS)

Envuelto en un capotillo
de tan oscuro abolengo,
que sin haber sido Tellez
es de los Girones deudo;
derribado hasta los ojos
el abollado sombrero
que, tomándole por faldas,
es Guadarrama de fieltro;
mal planchado de valona,
bien follado de gregüescos
y hecha Vizcaya la cinta
según es pródiga en hierros;
en la venta de lo caro
está un bravonel pidiendo
textos para sus razones
á un saque de vino añejo.
Y echando entre sorbo y sorbo
tres por-vidas y un reniego,
con voz tomada del vino
así le dice á un mancebo:
«Mozo vienes á la Corte
y has de aprovechar el tiempo,
que aquí lo que es nuevo al alba
es ya por la noche viejo.
Tu padre en letras me pide
que te marque derroteros
por los que vaya tu vida
derecha á seguro puerto.
Yo, cumpliendo con lo mucho
que á su antigua amistad debo,
voy, ya que no pueda plata,
á darte un par de consejos.
Alguno te hubiera dicho
que te hicieras leguleyo
ó que comprando una mula
doctoraras en Galeno.

Pero ya en Madrid, hijico,
no hay nadie que tenga un pleito,
y cualquiera entrega el alma
de todo menos de médico.
Soldados, todos lo somos,
que á Dios gracia para serlo
basta andar con muchas plumas
y mucha cadena al cuello.
Pero ir á Salsas ó á Ostende
á hacerse romper los huesos
es obispar de mendigo
sin un brazo por lo menos.
¡Escribano! ¡Mala landre!
Ya el diablo los lleva en cueros,
que no habiendo á quien desplumen
hoy son de sí propios cuervos.
¿Cantar misa? No hay prebendas.
¿Alguacilar? Vade retro.
¿Boticario? Falta el agua.
¿Mercader? Sobran á cientos.
El oficio de casado
era bueno en otro tiempo,
cuando cada cruz tenía
por lo corto un Cirineo.
Pero hoy, aunque éstos no faltan,
no alivian peso con pesos,
que hacen que el marido corra
con sus gustos y sus medros.
¡Valientes! Ya no se encuentra
uno ni para remedio,
desde que como á candiles
da un soplo al traste con ellos.
Usar la descuadernada
es dar al diablo el dinero,
que más florido que un mayo
sale el que das por más lerdo.

Yo que tuve en otros días
en toda pendencia feudo,
de hurtos almojarifazgo
y cuchilladas á censo,
tan escurrido de bolsa
á todas horas me veo,
que hay veces que ni á mis tragos
con qué dar razón encuentro.
Por esto, y para probarte
cuanto á tu padre venero,
que á la postre á su rey sirve
en lo naval con el remo,
sólo decirte me toca,
mirando por tus provechos,
que antes de entrar en la corte
vayas de eremita al yermo.
Que al fin allí los ayunos
pueden conducirte al cielo
y desde aquí, mal comidos,
vamos todos al infierno.»
Dijo el bravonel, al jarro
dió amoroso el postrer beso
y de bruces en la mesa
dando, quedó como un leño,
mientras el mozo, vencido
de aquellos sanos consejos,
mirando si le miraban,
y que no era visto viendo,
salióse de la bayuca,
no sin aliviar del peso
de algunas prendas mayores
á su docto consejero.

ANGEL R. CHAVES.

Conferencias celestiales



UANDO Aldabilla llegó á las puertas del cielo, San Pedro le entregó un volante donde decía lo siguiente:—«España.—Madrid, calle del Carnero. Aldabilla: empleado.»

Y Aldabilla, provisto de este volante, se entró por el cielo, preguntando á todos los santos que encontraba al paso, si estaba visible el Padre Eterno. El cual le recibió inmediatamente, porque aquella mañana no tenía nada que hacer.

—¿Con que eres tú Aldabilla?

—Sí, señor.

—Siéntate, hombre, siéntate; que vendrás muy cansado.

—No, señor;—respondió Aldabilla.—¡Si desde que he dejado á mi mujer parece que se me ha quitado un peso!...

—Es natural—contestó el Padre Eterno.—¿Y qué tal os llevábais?

—Muy bien; porque yo le fregaba la vajilla, sacaba el perro todas las noches, para que no ensuciase la casa, y vestía á mi suegra, que estaba paralítica.

—Lo cual, te agradecería mucho tu mujer.

—Así, así;—repuso Aldabilla,—porque tiene un genio bastante vivo; tanto que si llegaba yo algún día un poco tarde de la oficina, en seguida se encerraba ella en la cocina con un primo que teníamos de huésped y que es trompa del teatro de Eslava, y entre los dos se comían toda la comida y me dejaban á mí sin alimento.

—¿Pero tú protestarías?—exclamó el Padre Eterno.

—No, señor; porque una vez que protesté me encerraron en la carbonera; no sin que antes el trompa me hubiera arrancado de un mordisco la ventanilla izquierda de la nariz.

—¿Y no te quejaste al alcalde del barrio?

—No, señor,—respondió Aldabilla,—porque el alcalde es también primo de mi mujer por parte de madre, y venía á casa todas las noches, á jugar con ella á la brisca, mientras el primo trompa estaba tocando en Eslava; y una vez que le dije que había pasado dos días encerrado en la carbonera, me contestó que me estaba bien empleado por ser católico.

—¿Pero él no es católico?—exclamó el Padre Eterno, asombrado.

—No, señor; él creo que es materialista y sastre y no cree en nadie más que en Rubau Donadeu.

—¿De manera que habrás pasado una vida muy triste?

—Regular; porque en la oficina no hacíamos nada más que fumar y hablar de lo guapas que son las mujeres.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Con que te gustaban las chicas?

—Un poco—respondió el pobre Aldabilla, ruborizándose;—pero yo he sido siempre muy mirado, y honesto hasta lo inconcebible, y



V. S.

eso que en el piso tercero de mi casa había una bailarina de la Infantil, loca por mí, apesar de tener la susodicha cincuenta y tres años; pero tan gorda y tan fresca que parecía un rollo de manteca.

—¿Y llegaste á tener relaciones con ella, siendo casado?

—Lo que se llama relaciones, no; pero ella se significaba de un modo horrible. En cuanto que me quedaba sólo en casa, me llamaba por el patio, para que le subiera unos calzoncillos de esos que llaman de armar, y que momentos antes ella había dejado caer propósito sobre las cuerdas donde nosotros colgábamos la ropa.

—¿Y se los subías?

—Diré á Vuestra Divina Majestad. La primera vez que me invitó á ello, no subí; y eso que ella tenía un lunar con pelo en la sota-barba, capaz de encender el pelo á cualquiera. Pero, como sabía que yo andaba muy mal de alimentación me sedujo poco á poco, enviándome con una cuerdecita, que hacía bajar desde su ventana á la mía, ya unos cuantos fideos del día anterior entrelazados en forma de corazón, ya una docenita de garbanzos dentro de un sobre.

—¿Pero subiste al fin?—gritó el Padre Eterno indignado.

—Una tarde... una tarde en que le dije á mi mujer que iba á hacerle un soneto á Concha Castañeda á ver si me ascendía, mi mujer me arrojó á la cara una cazuela de engrudo, y después de envolverme la cabeza en papel secante, y atármelo al cuello con una liga vieja de mi suegra, se fué á paseo con el primo trompa. Entonces yo me sentí indignado, y después de desenvolverme me asomé á la ventana del patio y miré al cielo, á ver si veía por algún resquicio á Vuestra Divina Majestad, para darle un recado.

—Y no me verías, probablemente.

—No, señor: lo que ví fué un corsé que me cayó sobre las narices, dejándome un perfume que me trastornó; hasta el punto de que, sin saber lo que hacía, cogí el corsé, le dí tres besos, y subí corriendo al cuarto de la bailarina.

—¿Y qué?—murmuró el Padre Eterno, con voz cavernosa.

—Nada; que ella me esperaba en la antesala, teniendo en la mano un traje de lanilla verde lagarto, compuesto de americana, pantalón y chaleco; y en cuanto me vió, me dijo, haciendo una pirueta:—Mira, monstruo: ponte ahora mismo en mi presencia este traje de mi difunto, porque el que llevas está muy tronado, y huyamos á las Ventas á atracarnos de callos y caracoles.

—¿Y te desnudaste delante de ella?—vociferó el Padre Eterno.

—No, señor, tuve miedo, y eché á correr escaleras abajo, con tan mala suerte, que tropecé, rodé dos ó tres tramos y me abrí la cabeza, de cuyas resultas me he muerto.

Hubo una breve pausa que rompió Aldabilla diciendo con la mayor humildad:

—Espero, pues, Excelentísimo é Ilustrísimo Señor, que

en vista de mi honradez y mi mansedumbre, Vuestra Divina Majestad me admitirá en el cielo.

—¿En el cielo?...—exclamó el Padre Eterno.—Adonde vas á ir ahora mismo, á pasarte una temporadita de doscientos años es al infierno.

—¿Por qué, Señor?—balbuceó Aldabilla, echándose á llorar.

—¡¡¡Por bruto!!!—le contestó el Padre Eterno.

CONSTANTINO GIL.



~~~~~



## MI REINADO

¿Sabes lo que he soñado la otra noche?...  
¡Mira si son ridículos los sueños!  
Soñaba que era rey; por donde vino  
mi corona no sé, ni lo recuerdo.  
Sé que, entrada la noche, á la ventana  
me asomé, contemplando el firmamento  
muy obscuro, muy triste... Parecía  
un nubarrón interminable el cielo...  
Me acosté, y en un sueño perezoso  
abandoné por fin el pensamiento;  
sentí que me lanzaban á un abismo;  
después un toro, que me fué siguiendo,  
más se acercaba cuando yo corría,  
y fatigado me paré un momento;  
cesó mi angustia, y sin temor al toro,  
luché con él y le rompí los cuernos...  
Después, ví multitudes de quimeras,  
y prismas de colores; todo un pueblo  
que en torno mío se agrupó, gritando  
*¡viva el rey!* con estruendo.

\* \* \*

Después, estaba en mi palacio; absorto,  
rodeado de estatuas y arabescos,  
flores y arañas, mármoles y luces,  
rostros aduladores y risueños...  
¿Por dónde vino el ser yo rey? ¡Lo ignoro!  
¡Soy tantas cosas grandes cuando sueño!...  
Sentí el orgullo, la ambición, la gloria;  
á manos llenas prodigué el dinero;  
hice la caridad hasta el derroche;  
todos, sin excepción, me bendijeron...  
Después, una batalla. ¡Qué espectáculo!  
Hercúleos y valientes mis guerreros,  
entusiasmados por mi voz, llevaban

victoria, sangre y destrucción con ellos...  
Luego retrocedí, volví al palacio:  
todos hablaban ya del gran suceso,  
de la solemnidad de coronarme  
entre las bendiciones de mi pueblo...  
Todos llevaban trajes á la antigua,  
y así verás la exactitud del hecho;  
yo gastaba un vestido de oro y perlas;  
me detuve á mirarme en un espejo,  
y ví en mi sombra resaltar el manto,  
la corona y el cetro.

\* \* \*

Pero empezaban á asaltarme dudas,  
y tenía un fatal presentimiento;  
los pobres olvidaban mis limosnas,  
de mis victorias se perdió el recuerdo,  
y sólo algunos cortesanos eran  
los que me echaban ya mares de incienso...  
Y vino la ambición, el acicate  
que en un instante devoró mi pecho;  
con la costumbre de reinar, estaba  
fatigado de súbditos y reino,  
y no cesaba de exclamar:—¡Dios mío!  
¡No me basta ser rey! ¡Dame un imperio!

.....  
Después (no puedo asegurarte cómo,  
morena de mis ojos) sólo puedo  
jurar que ví tu imagen inundando  
de luz deslumbradora los objetos,  
ví tus negras pupilas, me cegaste  
¡y te vendí mi reino por un beso!

.....

Pídele á Dios que vuelva á ser monarca  
¡y cuenta con dos reinos!

RICARDO J. CATARINEU.

# La patria del alma

## I

**E**staba loco de felicidad con aquel amorío, libado silenciosamente en la suave penumbra. Nadie se había percatado de semejantes relaciones... ¡Dios mío!... ¡Tenía un miedo de que se descubrieran!... Cualquier indiscreción, la fatalidad que da al traste con todos los misterios, podían arrancar á la sombra el dulce secreto de su dicha... ¡Menudo alboroto iban á mover sus compañeros si llegaban á oler el trapicheo!...

¡Cómo!... El asceta, el huraño, el hipocondriaco, el

fanático por la ciencia, el hombre cristal, transparentísimo, enteramente diáfano, el espíritu absorto y embebido siempre en sus graves estudios, el inflexible, el hielo, á quien jamás habían podido arrastrar sus camaradas, ávidos de divertirse, el eterno refractario á las franquichelas, el enemigo de la mujer del amor y del vino, resultar ahora que cogía su capita todas las tardes, que se embozaba hasta los ojos para que no le conocieran

y que en cuanto se echaba encima el anochecer, se dirigía á aquella calle excusada del suburbio que terminaba en las afueras donde le esperaban anhelantes unos brazos blancos y unos ojos azules!

Pero... ¡Dios mío!... ¡Era tan linda su institutriz, y sobre todo tan distinta de las demás mujeres!... Alta, rubia, derecha, de azules ojos, de una encantadora gra-

vedad, entre soñadora y austera, locuela, y niña á veces, á veces formal y sentenciosa con cierto dejo de madre... Hablaba á maravilla el castellano, y el francés sin notársele apenas su acento escocés, nativo; tocaba el piano y



el arpa con una maestría suprema y con un gusto exquisito; era una profesora y una artista; el lápiz y el pincel realizaban preciosidades entre sus dedos de hada... ¡Quién sabe cuántas habilidades poseía!... Poco á poco habíalas ido descubriendo... La hermosura de la dulce británica fué la que despertó en su corazón el amor que allí dormía, esperando el divino soplo de unos labios de rosa... La belleza de la carne rompió el hielo, el atractivo de la estatua hizo el milagro... Después se encontró con aquellos mil adorables detalles que en modo alguno podía sospechar... Fué una exploración deliciosa que le llenó de dicha y de orgullo... Se sintió algo Colón.

¡Qué veleidosa es la felicidad, deidad de nieve, para los que la buscan, y de fuego para los que no la persiguen!... Con entera exactitud, con la claridad con que se conservan en el alma estos nacimientos de la propia ventura, recordaba él cómo habían empezado sus relaciones... ¡De cualquier modo! Por puro azar... La vió un día en una casa, á la que él concurría y á la que ella iba á dar



lecciones de idiomas, y se quedó prendado de su gentileza... Todavía no se explicaba bien lo que le pasó; sólo se dió cuenta de que le entró un deseo inmenso, insaciable; un ansia imperiosa de hablar á aquella mujer, de comunicarle lo que sentía, de convertirse en algo consustancial con tan celeste criatura... Desde luego luchó con un obstáculo formidable, punto menos que invencible: su timidez. ¡Cómo se convenció entonces de que con su suprema sabiduría no sabía nada! Desde sus más tiernos años hallábase hundido de hoz y coz en la ciencia, en íntimas con sus más graves problemas, codeándose con sus altos principios, sin cuestión por obtusa que fuera que no desentrañara, y ahora encontrábase que no acertaba á llegar á un corazón... Gracias á que la institutriz, complacida de aquel culto que presentía y que se le escapaba al estudiante por los ojos, y halagada á la vez por lo que de virgen y nuevo adivinaba en tal amor y por la figura cándida, inocente, angelical del muchacho, acortó las distancias con esa adorable maña con que las mujeres discretas saben hacer las cosas sin aparentar que las hacen; y naturalmenté, con la naturalidad con

que se aproxima todo lo que es semejante, el filósofo se dejó guiar por la escocesa y fueron el uno del otro...

## II

Ella no desmentía su patria. Entre los arrebatos de su pasión asomaba siempre su carácter grave y circunspecto; y profesando la gran máxima de su país, de que el tiempo es oro, aconsejaba á su amante que terminara su carrera, á punto de concluir; sólo le faltaba doctorarse en letras; el mozo, entregado en absoluto á su amor, no pensaba sino en las caricias de la hermosa criatura, pero al cabo cedió á sus paternales palabras, y un día, registrando los cajones de su mesa de despacho, hallóse con el cuaderno en que proyectaba antaño, antes de conocer á la dulce británica, escribir el reglamentario discurso.

No había empezado el trabajo; sólo había escrito en la cubierta la tesis: inmortalidad del alma: su patria.

Y como acometido de una revelación, llena su mente del recuerdo de su institutriz, tomó la pluma y completó la tesis, escribiendo á seguida de la palabra patria:

Escocesa...

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

~~~~~  
DESPUÉS DEL BAILE, POR ANGEL.



—¡Y me prometió un aderezo de Ansorena!... ¡No, pues sino me lo regala, renuncio á su amor!... Bastante sacrificio me ha de costar el aceptárselo.



CONSEJOS DE UN FUMADOR «IN EXTREMIS»

Muy cerca del trance duro,
con la muerte ya en el ojo
y entre los labios un puro,
hoy te escribo, caro Arturo,
tres líneas, con lápiz rojo.

Va en ellas mi despedida
y un consejo fraternal
que olvidarás enseguida;
¡es la práctica admitida
desde tiempo inmemorial!

Pero al dártelo, querido,
cumpló un deber de conciencia;
pues jamás de tí me olvido,
menos hoy, que me despido
de esta mísera existencia.

Si quieres morir anciano,
sin renegar del destino,
muy flamencote y muy sano,
renuncia pronto al habano,
al virginia y filipino.

Tres enemigos mortales
que roban sosiego y calma
produciendo muchos males,
y unos ataques bronquiales
que le rompen á uno el alma,

Si es tan corta nuestra vida,
si nos secamos en flor,
es cosa bien comprendida:
¿hay arma más homicida
que el tabaco destructor?

Si en la antigüedad dichosa
el hombre se eternizaba
(antes de hundirse en la fosa)
la razón es poderosa
es... ¡que el hombre no fumaba!

Hoy que el tabaco infernal
sustituye á la morfina
y al arsénico mortal,

por consecuencia fatal
marcha el mundo hacia su ruina.

Y al año próximamente
sucumben en Panticosa,
nuevé mil seiscientos veinte
entre tisis incipiente
y afección tuberculosa;

adquiridas á buen precio
en farmacias especiales,
por tanto, y por tanto necio,
que de la vida en desprecio
se fumó sus pectorales.

No te suicides, Arturo;
sigue, por Dios, mi consejo:
no fumes pito ni puro,
que es el remedio seguro
si quieres llegar á viejo.

Hoy que mis ojos en blanco
pierden su brillo y su luz,
quiero ser cual nunca franco:
al pasar por un estanco
haz la señal de la cruz.

Yo, que soy buen *artillero*
y hasta el óleo me fumé
(sin rubor te lo refiero),
cuando enciendo un coracero
me santiguo con gran fe.

Esto marcha de remate,
siento la muerte vecina
y ya mi pulso no late:
¡antes que el doctor me mate
me mata la nicotina!

Dejo á la gente entregada
al humo y al *bacarrat*,
siento mi mano crispada...
doy la última chupada
¡y adiós!... ¡hasta Josafat!

AMBROSIO GONZÁLEZ MORENO.

EL CONCEJAL DE OFICIO

PARA algunas personas la concejalía es una carrera que no exige estudios previos, ni exámenes, ni certificaciones, ni zarandajas. Cuanto menores sean los conocimientos que el interesado posea, más condiciones reunirá para el desempeño de su cargo.



Dos cosas necesita, empero, un buen concejal de oficio: lengua expedita y ropa negra. Con estos elementos puede decir que ha resuelto el arduo problema de la vida.

Ya desde niño se revelan ciertas y determinadas condiciones en los seres que han de desempeñar con el tiempo las concejalías. Los padres de la criatura nacida para tan altos fines, notan que el infante detesta la lectura, y muestra, en cambio, una decidida afición á las golosinas. Siempre que ve un trapo de color quiere que se lo arrollen á la cintura, á manera de fagín, y no hay salsa que no cate ni manjar que no pruebe.



Un día dice el padre:

—¿Sabes, Mariquita, que este chico es muy bruto y muy zascandil?

—¿Pero qué quieres que sea el angelito, si aún no tiene catorce años?— contesta la madre.

—Hay que pensar en algo. Hay que ver á qué le metemos. Él no sabe nada, nada absolutamente.

—Yo creo que el chico ha nacido para cosas de esas que no necesitan estudios. Por ejemplo, para diputado,

para director de un ramo cualquiera, para concejal...

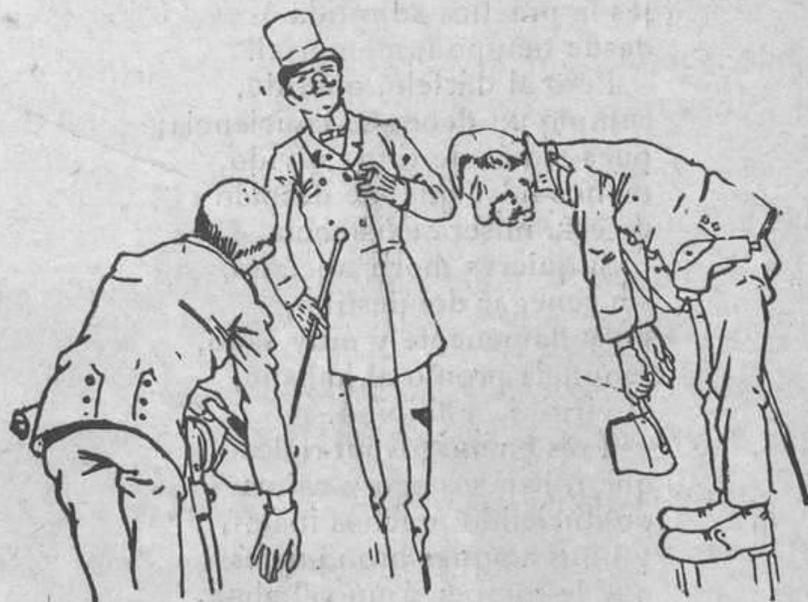
—Hombre, sí; le voy á educar para el Ayuntamiento.

Y desde aquel instante, la suerte del niño queda asegurada.

Llega á la mayor edad sin haber hecho nada de provecho, y un día vienen unas elecciones y entre el padre, que ha revuelto á Roma con Santiago, y él, que ha visitado á todos los tenderos del distrito, consiguen que triunfe la candidatura con carácter ministerial, y nuestro héroe se sienta en el Municipio como un solo hombre.

—Yo ya no me voy de aquí—se dice á solas;—quiero pasar en esta Jauja comunal el resto de mis días.

Y comienza á gustar los manjares dulcísimos del poder municipal. Cuando entra en aquel *establecimiento*, los alguaciles de la puerta se quitan la gorra reverente-



mente; cuando hay sesión hace uso de la voz y del voto y cada vez que se pone el fagín se besa á sí mismo y bendice á la Providencia que le hizo tan hermoso y tan feliz.

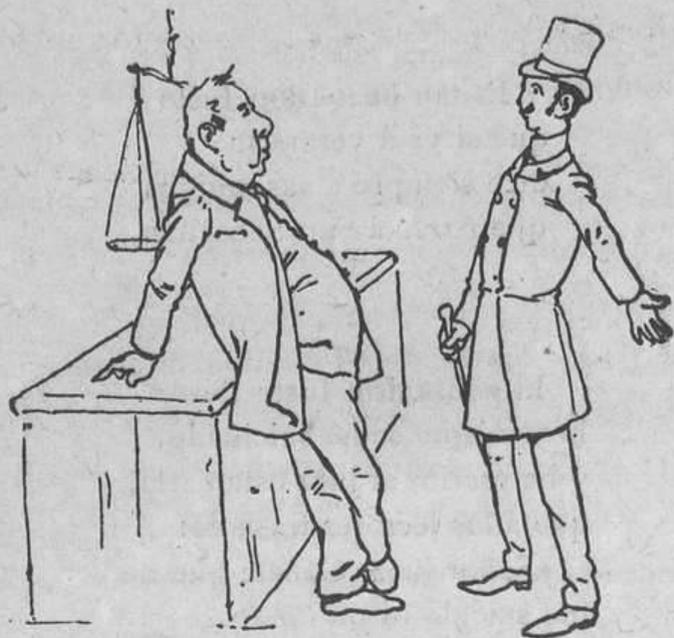
A él que no le pregunten por qué no prospera el tesoro municipal. Entre las infinitas cosas que ignora, figura el desconocimiento más absoluto de la tabla de multiplicar. Poco importa que los artículos de primera necesidad se pongan por las nubes.

—¡Bah! el contribuyente paga todos los impuestos sin protestar—dice él;—y si hay desorden administrativo,

que lo haya, y si tenemos exceso de empleados, mejor; así podremos complacer á los amigos.

Cuando le veo recorrer las tiendas en víspera de elecciones y declamar contra los abusos que se cometen, prometiendo reprimirlos, quisiera ser tendero para darle con la escoba en la cabeza.

—¡Señor don Ceferino!—exclama al entrar en la tienda.—Usted tan gordo y tan bueno. ¡Ay, amigo mío! Có-



mo se conoce que no tiene V. mis quebraderos de cabeza. ¡Maldito cargo! ¡Si V. supiera lo que me da que hacer!... Desde anoche estoy con un huevo y media pescadilla, porque he tenido que recorrer el distrito para velar por el bien de Vds... ¿Quiere V. un pitillo? Por supuesto yo no gano nada con estas cosas... Disgustos, nada más que disgustos y, sin embargo, aquí me tiene usted, metido en el Ayuntamiento y abandonando mis propios asuntos.

Mentira: no tiene más asuntos que los del Municipio y ¡ay de él si no le reeligen! porque ha de verse muy mal para sostener el boato del domicilio y las blondas de la *concejala* y los sombreros estrepitosos de las *concejalitas*.



Cuando voy á los toros y veo aquel palco de ediles satisfechos, rebosando caras exuberantes de júbilo, me acuerdo de los intereses de la población, confiados á media docena de caballeros particulares que darían toda la felicidad del país por una *larga* de Lagartijo ó un volapié del Espartero. Allí, entregados á la dicha que obtienen gratis, saborean los incidentes de la lidia y comen jamón en dulce y emparedados y lengua á la escarlata, rociada con Jerez y manzanilla... que pagamos nosotros.



—¿Y Fulano? ¿Qué hace ahora? ¿Sigue tallando en el Círculo?—preguntaba el otro día un caballero á un amigo.

—¡Quiá! ahora está como quiere.

—¿Ha heredado?

—Mejor que eso. Se ha hecho concejal de oficio.

LUIS TABOADA.



Escabelitos

Parió un chico la Leonor,
y á todo el mundo asegura
que el padre de la criatura
ha sido un tambor mayor.

El tambor, que anda escamado,
con ella se muestra esquivo,
por si es un padre efectivo
ó un padre falsificado.

Pero la prueba mejor
que le puede convencer,
es que el chiquillo, al nacer,
salió tocando el tambor.

* * *

A pesar de ser guapo Luis Mejía,
no ha buscado una novia todavía;
y tiene por padrino á D. Gregorio,
un viejo solterón que fué un Tenorio.

En vista de este caso,
creo que las gentes nunca se equivocan,
cuando al ver á los dos dicen al paso:
—¡Los extremos se tocan!

* * *

El *Pira*, que es un buen chico,
me dijo ayer en paseo:
*—Me he dedicado al toreo
hace tres meses y pico.*

* * *

El cinismo de Bernardo
hasta tal extremo llega,
que á todos los del resguardo
se la pega.

Pasa longanizas, vino,
aguardiente de Chinchón,
aceite, carne, tocino,
¡y un jamón!

Pero al ver que la Tomasa
le es infiel con Juan Camueso,

dice que todo lo *pasa...*
¡menos eso!

* * *

Es tan beato don Justo
que si va á veranear
dice siempre á sus amigos
que *parte* á San Sebastián.

* * *

El pobre don Justo Pérez
hoy mismo se ha suicidado,
y ha escrito al juez esta carta,
que á los lectores traslado:

«Señor juez: Conste que no
me suicido ni me mato,
pues no quiero ser cobarde
ante mis conciudadanos.
Lo que á mí me ha sucedido,
no tiene nada de extraño:
examinando un revólver,
sin saber á qué achcarlo,
acaba de disparásemme,
y quedo muerto en el acto;
su seguro servidor,
que besa, humilde, su mano.»

* * *

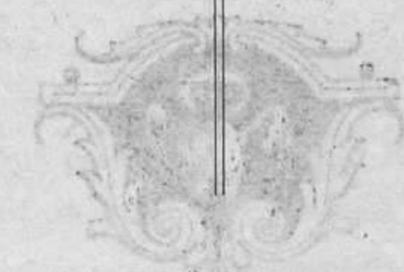
Ayer tarde me decía,
la señora doña Irene,
que en el estómago tiene
montada la artillería.

Tanto, la buena señora,
lo dijo y lo repitió,
tanto me lo recalco
durante tres cuartos de hora,

que al mirarla tan pesada
hube de decirla ya:

*—Bueno, pero eso será
la artillería montada!*

FÉLIX LIMENDOUX.





COMUNICACIONES

R. Ti T.—Pues no comprendo el cencerro; porque para decir:

«Que nos *venemos* de Chamartín,
tilín, tilín, tilín,
y *caminemos* hacia Alcorcón,
tolón, tolón, tolón.

Con haber dicho «Nosotros *semos* una recua», bastaba.

Sr. D. C. R. O.—Sevilla.—Si en ese soneto tan bonito se expusiera un pensamiento menos vulgar...

R.—Madrid.—Muy preparado el chiste. Dicho todo en dos cuartetas, estaría bien.

Ramón.—«Con la mente henchida de ilusión
salíamos en el ardiente estío á gozar
el *suabe* fresco desde su balcón.»

Es claro, y como el calor lo dilata todo, también dilató esos *bersos*, que por otra parte son remalísimos.

Sr. D. T. R.—Madrid.—Resulta monótona, porque *la tela* no da de sí para tanto. Además, son desiguales las estrofas.

Palitos y Palotes.—Aquí no pueden publicarse. Encuentro que una es demasiado abstracta en la exposición, y la otra está más clara que los anteojos del *todo*.

P. Lusa.—No, señor; porque esos juegos de frases los repetimos todos de continuo, sin tener ni pizca de gracia.

P. Pita.—«No me vengas con belenes
que me *acharas* y me *enturbio*.»

Yo también sé aquel cantar:

«Pepita, Pepita, Pepa,
pepita y *sí* de melón.»

Y creo que estoy más en lo firme. ¿Verdad, gracioso?
Ego.—No sé, no sé; pero los renglones que dicen:

«¿Lloras porque tu hermano
ha caído soldado?»

Me suenan como los cencerros *asonantados* de *K. Ti T.*

Sr. D. J. M.—Lorca.—No basta con que estén bien medidos; han de tener cadencia, lenguaje poético, ritmo... ¿No hay diferencia entre un hombre y un maniquí?

Sr. D. R. H. y G.—Coruña.—El soneto ha de escribirse en endecasílabos precisamente.

Sr. D. B. C.—Barcelona.—Cuando le llegue el turno. No es posible lo que V. desea.

Sr. D. S. M. E.—Oviedo.—¿Pero tengo yo la culpa de que V. escriba amores con h?

P. Roles.—¡Diantre! ¡Una oda al perro de San Roque, ahora que se trataba de condecorar á los laceros!

Sr. D. J. E. P.—Jaén.—Hasta el papel huele mal. ¡Si habrá V. vertido... *esencia* en las quintillas!

A NUESTROS LECTORES

Ustedes habrán observado que EL CASCABEL ha mejorado notablemente desde el principio del año actual.

Bueno: pues esa mejora hace subir el gasto de cada número á muchísimas pesetas, tantas, que de seguir vendiendo el periódico á 10 céntimos, caminaría la empresa á un abismo *sin fondos*.

Por otra parte ¿no valen una *perra chica* las páginas aumentadas, todas llenitas de artículos y poesías originales de la *plana mayor* de los escritores españoles?

¿Que quién lo duda?

Nadie; por eso desde este número cuesta EL CASCABEL **15 céntimos**.

Y como ustedes son muy amables y lo seguirán comprando, les doy las gracias y me despido rendido, reconocido y conmovido.

EL ADMINISTRADOR.

¡Ah! El precio de suscripción no varía, ¿eh?

Los vendedores de Madrid pueden dirigirse al capataz de este periódico, D. JOSÉ DÍAZ, antiguo café de San Luis, Montera, 42.

Advertencia.—Queda prohibida la copia de los trabajos insertos en EL CASCABEL

VIUDA É HIJOS DE LA RIVA, impresores, calle de San Isidro, 6 duplicado.



ANUNCIOS

SABIDO ES YA DE TODO EL MUNDO QUE...

LAS AGUAS DE CARABAÑA

Son purgantes, depurativas, antibiliosas, antiherpéticas y antiescrofulosas, etc., etc.
Que no irritan nunca, y que ninguna de las de su clase produce sus efectos ni da sus resultados.

PÍDANSE COMO ÚNICAS EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERÍAS. NO CONFUNDIRLAS

Propietario: D. RUPERTO J. CHÁVARRI.

Depósito general: 87, ATOCHA, 87, (Teléfono 947).

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañÍA COLONIAL

DEPÓSITO GENERAL

Calle Mayor, 18 y 20, Madrid.

FÁBRICA DE GUANTES

DE PEDRO DUBOST

CASA FUNDADA EN 1834

Guantes de señora, 3 botones, lisos, de 2 á 2'50 ptas.
Guantes de señora, 3 botones, bordados, de 2'50 á 3 ptas.
Ingleses, de caballero, un botón, de 2'25 á 2'50 ptas.
De 2 botones, bordados, de 3 á 3'50 pesetas.

HORTALEZA, 8, PRINCIPAL

LA VIENESA

GRAN FÁBRICA DE PAN DE VIENA

Calle de San Marcos, 26

MADRID

Teléfono 416.

CARLOS PRAST

CONFITERÍA Y ULTRAMARINOS

8-ARENAL-8

(Teléfono núm. 283.)

DOROTEA LÓPEZ

VIUDA DE INFANTE

19. Concepción Jerónima, 19

Especialidad en trajes de niños, vestidos, abrigos, sombreros y especialmente en los cortes elegantes y caprichosos.

ORTEGA Y COMPAÑÍA

GRABADORES Y FÁBRICA DE SELLOS DE CAOUTCHOUC

32-Preciados, 32-MADRID

CATÁLOGOS ILUSTRADOS GRATIS

FOTOGRAFÍA COLÓN

4-ALCALÁ-4

Esta casa se encarga de toda clase de trabajos referentes al arte, en condiciones económicas, tanto en Madrid como en provincias.

Premiada con medallas de oro.

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO

Pastillas comprimidas de Ruibarbó de Coipel.

Inapetencia, dispepsia (digestión difícil), estreñimiento, flato antibilioso purgante suave y seguro.

BARQUILLO, 1, FARMACIA

MADRID

GRAN BAZAR DE CAMAS

1-Plaza de la Cebada-1

!!!Camas desde 12 pesetas!!!

!!!Colchones desde 48 reales!!!

No comprar sin visitar esta casa, la primera en su clase.

LEGÍA FÉNIX

Para el lavado y fregado con 80 por 100 de economía en tiempo, trabajo y dinero. Venta al por menor en droguerías, ultramarinos y cacharrerías.

Por mayor con descuento.

Plaza de San Nicolás, 6.

MUÑOZ Y ALMANSA

Nuevo centro de compra-venta de muebles, tapicería, sillas doradas é infinidad de artículos baratos.

Cedaceros, 13, bajo.

RELOJES

Ancora plata, remontoirs, á 29 pesetas; de acero, á 20; de níquel, á 10. Roskopf legítimos, á 35. Composturas, con garantía, á mitad de precio. Especialidad en las de cronómetros y repeticiones. Se encarga de dar cuerda á domicilio.

SAL, 2 y 4, Relojería (casi esquina á la de Postas).

Librería y Centro de suscripciones

DE

LUIS ROBLES

Cádiz, 14, Madrid.

Obras de texto. Venta á plazos.

Lectura á domicilio, 2 pesetas al mes; diez céntimos diarios.

Especialidad en vinos de mesa de Cuzcurrita (Rioja)

TELÉFONO 2.069

8, SALESAS, 8, MADRID